

## 32.—MUERTE PRECIOSÍSIMA DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º Estando la Virgen para morir, fué visitada por su Hijo, en cuyas manos entregó plácidamente el alma, y los Apóstoles dieron honrosa sepultura al cuerpo.

PRELUDIO 2.º Representate á María en el momento de espirar en los brazos de Jesucristo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de tener una buena y feliz muerte.

**Punto 1.º** *Jesucristo bajó del cielo á recibir el alma de su Santísima Madre.*—Considera cómo, llegada ya la hora en que había de morir la Virgen Santísima, bajó Cristo nuestro Señor del cielo por Ella, cumpliendo la palabra que había dado á los Apóstoles, cuando les dijo <sup>1</sup>: «Si me fuere para aparejaros lugar en el cielo, Yo volveré otra vez y os llevaré conmigo». Vendría con Él innumerable multitud de ángeles, para que se hallasen en la muerte de María, y de allí arrojaría á todos los demonios, sin que se atreviesen á llegar á su posada. ¡Oh qué palabras tan regaladas diría el Hijo á la Madre! No alcanza nuestro entendimiento á rastrearlas, si no es por las que están escritas en el libro de los Cantares. Diríala con grande amor <sup>2</sup>: «Levántate, paloma mía, amiga mía, hermosa mía, y ven, porque ya es pasado el invierno, y han cesado las lluvias, y es llegado el fin de tus trabajos». Ven, oh Esposa mía, del Líbano y de los demás montes altos y fértiles de virtudes en que has morado <sup>3</sup>; deja ese mundo miserable, que es cueva de leones y monte de tigres; ven, y serás coronada con la corona de justicia que tan bien has merecido. En viendo la Virgen á su Hijo, y oyendo las palabras que la decía al corazón, es de creer que con la grande caridad que tenía, le pediría consolase á sus Apóstoles y discípulos, derramando sobre ellos su copiosa bendición. Y luego, acordándose del modo cómo su Hijo espiró en la cruz, diría las mismas palabras que Él dijo: «¡Oh Padre mío en cuanto Dios, é Hijo mío en cuanto hombre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu <sup>4</sup>!», y en diciendo esto, espiró. ¡Oh cuán preciosa fué la muerte de esta Señora en los ojos de Dios! ¡Oh Madre amantísima! Descansad ya de vuestros trabajos, disfrutad alegre y perpetuamente de la gloria que habéis merecido y de la compañía de vuestro Hijo. Pero no olvidéis que también nosotros somos hijos vuestros, y nos hallamos en este valle de lágrimas, expuestos á mil peligros y escollos: desde el cielo alargadnos la mano para sacarnos de ellos y llevarnos adonde estáis, á fin de que con Vos alabemos á Dios eternamente.

**Punto 2.º** *Causas por que fué preciosa la muerte de María.*—Considera cómo la muerte de María fué preciosísima á los

<sup>1</sup> Jnan., xiv, 3. — <sup>2</sup> Cant., ii, 10. — <sup>3</sup> Cant., iv, 8. — <sup>4</sup> Psalm. xxx, 6.

ojos de Dios por varias causas. Primeramente, porque no murió tanto de enfermedad de cuerpo, como de enfermedad de amor, el cual la consumió las fuerzas corporales, y así pudo decir que estaba enferma de amor, llagada con la caridad; y esta llaga penetró su alma y la sacó del cuerpo, para ver al mismo que Ella llagó con la unión de su encendida caridad <sup>1</sup>. Demás de esto, fué preciosa, porque murió sin dolor, contentándose su Hijo con los dolores que padeció cuando le vió morir en la cruz. Y porque fué tan grande la alegría que su alma experimentó con la presencia de su Amado, que no sintió separarse del cuerpo, cumpliéndose en Ella lo que dice la Sabiduría, que el tormento de la muerte no toca á los justos <sup>2</sup>, porque sus almas están en las manos de Dios. Finalmente, todas sus obras, que eran muchas y muy esclarecidas, se juntaron entonces, manifestándose las Dios, para que la acompañasen y llenasen de confianza y alegría. Si son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras les siguen <sup>3</sup>, ¿cuánto más bienaventurada sería la que murió en Cristo de puro amor de Cristo, con abundancia de obras tan esclarecidas que la acompañaban <sup>4</sup>? Si es bienaventurado el siervo, á quien el Señor halla velando cuando viene á su casa <sup>5</sup>, ¿cuánto más bienaventurada sería esta Virgen, que nunca durmió sueño profundo como las vírgenes locas, ni aun sueño ligero como las prudentes, sino siempre estuvo en vela <sup>6</sup>? Si el justo tiene grande esperanza en la hora de la muerte, ¿cuánto mayor la tendría esta Reina de los justos? ¡Oh Virgen Santísima! Para que mi muerte sea en algo semejante á la vuestra, alcanzadme que viva llagado de amor, y tan lleno de buenas obras, que no me toque el tormento de la muerte; justo es que me toque el tormento corporal de la muerte; pues es pena merecida por mi culpa; pero no me toque su tormento espiritual, afligiéndome con temor demasiado, con desconfianza y desmayo de corazón. ¡Oh alma! Si quieres que tu muerte sea preciosa, imita la vida de la Virgen, y multiplica las buenas obras. ¿Lo practicas de este modo?

**Punto 3.º** *Los discípulos dieron sepultura al cuerpo de la Virgen.*—Considera cómo, después que la Virgen espiró, dióse sepultura á su bienaventurado cuerpo, con grande pompa del cielo y de la tierra, de modo que de Ella se puede decir lo que Isaías dice de Jesucristo <sup>7</sup>, que su sepulcro fué glorioso, porque concurren á él la gente más gloriosa del cielo y de la tierra; es á saber: los Apóstoles y muchos discípulos, los cuales iban cantando himnos y alabanzas á Dios y á su Madre, como el Espíritu Santo se los ponía en el corazón y en la boca; y también vinieron los coros angelicales que seguían el cuerpo, y estuvieron tres días en el sepulcro con música celestial, honrando á la

<sup>1</sup> Cant., ii, 5. — <sup>2</sup> Sap., iii, 1. — <sup>3</sup> Apoc., xiv, 13. — <sup>4</sup> Luc., xii, 34.

<sup>5</sup> Matth., xxv, 5. — <sup>6</sup> Prov., xiv, 32. — <sup>7</sup> Isai., xi, 10.



que era Reina suya y estaba allí depositada. Además, fué gloriosísimo el sepulcro de María por los grandes milagros que hizo Dios á la presencia de este venerable cuerpo; porque, aunque mientras vivió no hizo milagros, parte por humildad, parte por dejar esto á los Apóstoles y á los predicadores del Evangelio, y parte porque su vida toda era un continuo milagro muy más glorioso que la vida del Bautista; pero, en muriendo, quiso su Hijo honrarla con esclarecidos milagros, como honra á otros Santos. Finalmente, fué glorioso su sepulcro, porque, puesto caso que los Apóstoles y discípulos tiernamente sintieron la muerte de la Virgen, pero es de creer que luego les daría Cristo nuestro Señor parte de la gloria de su Madre, llenando sus corazones de alegría espiritual, acordándose que tenían en el cielo á una Madre y Abogada que miraría por ellos. ¡Oh Virgen Soberana! De la manera que puedo, quiero acompañar vuestro cuerpo con mi espíritu, y entrarme entre los dos coros de Apóstoles y ángeles, para cantar con ellos vuestras alabanzas. Gracias os doy, Verbo eterno, por la honra que hacéis á vuestra Madre, por la cual os suplico me deis tal muerte, que merezca en su compañía gozaros siempre en la gloria. ¿Qué suerte nos tocaría si ahora nos asaltase la muerte? ¿Cómo debemos esperarla y prepararnos para ella?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán preciosa fué la muerte de nuestra Santísima Madre! El mismo Jesucristo, su Hijo muy amado, y Juez de vivos y muertos, quiso presenciara y recibir aquella afortunada alma, al salir de su cuerpo. Millares de ángeles estarían presentes, y los demonios no osarían acercarse á aquel lugar, y con rabia tuvieron que respetar á aquella alma, cuyo brillo jamás pudieron empañar. El momento supremo se acerca; Jesús hace sentir á su Madre su presencia, llamándola al descanso con dulces palabras; y María, después de haber interesado á su divino Hijo en favor de los Apóstoles y discípulos que quedaban en el mundo, sin dolor, sin agonía, se duerme plácidamente en el Señor, y su alma, desatada de las ataduras del cuerpo, vuela con rapidez al Corazón de su Hijo. Pero, ¡cuán rica de méritos! ¡Cuán adornada de preciosos carismas! ¡Cuán embellecida con la gracia divina y dones del Espíritu Santo! Los ángeles, admirados, la contemplan, y no se cansan de mirarla, al ver que sale tan brillante del cuerpo de barro, en que por tantos años ha morado. Entretanto, los Apóstoles y discípulos, tomando el sagrado cuerpo de la Virgen, le dan honorífica sepultura. En torno de este glorioso sepulcro se reúne lo más santo de la tierra, y los ángeles del cielo que cantan armoniosos himnos. Los milagros que en él se obran son estupendos, supliendo el Señor ahora los que la Virgen no hizo en vida. Al contemplar tan venerando espectáculo, ¿qué siente tu corazón? ¿Deseas que tu muerte sea preciosa como lo fué la de María? ¿Quieres que el Señor venga á recibir en sus brazos á tu alma saliendo del cuerpo? ¿Y

que tu sepulcro sea glorioso con verdadera y sólida gloria? Imita á María; practica, como Ella, las virtudes; ten grande horror al pecado; procura hacer siempre lo mejor. Para esto, propón lo que debes hacer, pide gracia para hacerlo, y ruega por todos tus prójimos, para que en ellos se aumente la devoción á María.

### 33.—ASUNCIÓN Y GLORIA DEL ALMA DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º El alma de María subió al cielo en compañía de su Hijo y de las jerarquías angélicas, y fué glorificada.

PRELUDIO 2.º Representate al alma de María subiendo al cielo.

PRELUDIO 3.º Pide conocimiento de la gloria de María y gracia de poder algún día participar de ella.

**Punto 1.º** *Salutaciones afectuosas que se darían Jesús y el alma de María al salir de su cuerpo.*—Considera cómo el alma de la Virgen, luego que se desprendió de las ataduras de su cuerpo, en el mismo instante fué introducida en el cielo y glorificada. Pero meditando esto del modo que puedes, como si hubiese sucedido poco á poco, pondera primeramente los dulces abrazos que se darían el Hijo y la Madre en aquella primera salida, con gozo inefable. Allí se cumplió lo que está escrito <sup>1</sup>: «Su mano siniestra está debajo de mi cabeza, y con su mano derecha me abrazará»; porque mientras vivió, el Hijo la sustentaba con la contemplación de los misterios y obras de su humanidad, significada por la mano izquierda; pero, en muriendo, la abrazó y rodeó con la vista clara de su divinidad, figurada por la mano derecha. ¡Oh qué gozosa estaría esta alma benditísima en aquel primer instante! Con qué afecto diría <sup>2</sup>: «¡Hallado he al que ama mi alma, asirle he, y no le dejaré hasta que me lleve consigo y me introduzca en la casa de mi madre, la celestial Jerusalén». Pondera también las salutaciones que dirigiría á la Virgen la ilustre compañía de las tres jerarquías celestiales, que con Ella subían, celebrando su asunción. Saludábanla, como dice san Atanasio, con varias salutaciones de grande gloria, y gozábanse de llevarla á su ciudad soberana; dábanle el parabién de las grandezas que Dios había obrado en Ella, y á una voz entonaban todos la salutación de san Gabriel, en que estaban sumadas sus grandezas; pero yo, entregándome con el espíritu en medio de estas jerarquías, alabaré á esta Señora, celebrando su triunfo, como los hebreos el de Judith. ¡Oh Virgen gloriosísima <sup>3</sup>! Vos sois la gloria de Jerusalén, así de la militante como de la triunfante. Vos sois la alegría de Israel, así de los que ven á Dios por la contemplación en esta vida, como de los que le ven claramente en la otra. Vos sois la honra de nues-

<sup>1</sup> Cant., II, 6. — <sup>2</sup> Cant., III, 4. — <sup>3</sup> Judith, XV, 10.



tro pueblo; porque obrasteis siempre varonilmente, y amasteis la castidad, sin jamás conocer varón. Por esto seréis bendita para siempre, y por vuestra causa serán benditos los que por Vos fueren amparados. Y nosotros, ¿no nos alegramos de la gloriosa ascensión de nuestra Madre? ¿No procuraremos trabajar para ir á tomar parte en su triunfo?

**Punto 2.º** *María sube á la gloria en brazos de su Hijo.*—Considera cómo subió la Virgen Santísima á los cielos, no llevada por manos de ángeles, como fué llevado Lázaro el mendigo al seno de Abraham, sino por las de su mismo Hijo y en sus mismos brazos, pagándole con esto los servicios y regalos que le hizo en su niñez, trayéndole en los suyos. De aquí procedió la grande admiración de las jerarquías celestiales, las cuales decían: «¿Quién es esta que sube del desierto, llena de deleites, arrimada á su Amado?» Como si dijeran: ¿Quién es esta que sube del erial del mundo seco y estéril, donde no hay otra cosa sino dolor y trabajo, y con todo esto sube rica, próspera y abundante, llena de deleites celestiales, estribando, no en sí misma, ni en los ángeles, sino en su Amado? De esta manera entró la Virgen en el cielo empíreo, con alegría inefable de todos los cortesanos celestiales y de la Santísima Trinidad; porque el Padre eterno se gozaba de tener consigo á su querida Hija; el Hijo de tener consigo á su dulce Madre, y el Espíritu Santo de tener en su compañía á su amada Esposa. ¡Oh qué recibimiento tan alegre! ¡Qué besos de paz tan dulces! ¡Qué abrazos tan amorosos! ¡Qué coloquios tan tiernos pasarían entre tal Hija con tal Padre, y entre tal Madre con tal Hijo, y entre tal Esposa con tal Esposo, y entre las tres divinas Personas, sobre honrar á tal Princesa! Venerando todo esto en silencio, despierta en tu corazón vivos deseos de seguir á la Virgen en esta gloriosa jornada, comenzando por desamparar con el corazón al mundo y mirándole como un destierro; subiendo cada día en virtud y santidad, no estribando en tus fuerzas, sino en los auxilios del Señor; y alegrándote siempre en Dios y en las cosas de su servicio. ¿Lo has hecho así hasta hoy? ¿Qué debes hacer en adelante? ¡Oh Virgen sacratísima! Subid gloriosa y triunfante por esos cielos en brazos de vuestro Hijo; recibid las regaladas saluciones de la corte del cielo y de la misma beatísima Trinidad. Muy justo es que seáis bendecida y alabada por Dios, habiendo sido vuestra vida una continua bendición y alabanza del Señor. Pero, no os olvidéis en vuestra grandeza de los que vivimos en la miseria; miradnos benigna, y compadeceos de nosotros, pobres pecadores.

**Punto 3.º** *Glorificación del alma de María.*—Considera en este punto la gloria esencial del alma de la Virgen, la cual

<sup>1</sup> Cant., viii, 5.

es por todos los conceptos incomprendible; porque si á todos los justos Jesucristo<sup>1</sup> dará una medida de gloria buena, llena, apretada y colmada, ¿qué medida daría á su Madre? Si con la medida que midiéremos seremos medidos, quien nunca quiso tener medida limitada en amar y servir á Dios, ¿qué medida casi sin medida recibiría del mismo Dios? La medida de la Virgen, en el servicio de su Hijo, siempre fué buena con todo género de bondad, sin mezcla de culpa; llena de todas gracias y virtudes, con plenitud de buenas obras; apretada con trabajos y mortificaciones; colmada y muy sobrada con la observancia de los consejos evangélicos; pues si Dios premia á los justos con medida de gloria mil veces más excelente que sus servicios, ¿cómo premiaría la medida tan excelente de su Madre? Sólo Dios que se la dió, y la Virgen que la recibió, pueden conocer la inmensidad de esta medida. Bástanos saber que quedó harta en todas sus potencias. Su entendimiento quedó hartó con la vista clara de Dios trino y uno, bebiendo en aquel mar inmenso de su infinita sabiduría, con tal abundancia, que los querubines, en su comparación, están como vacíos. Su voluntad quedó harta con el amor beatífico de Dios, siendo él tan excesivo, que los serafines están, en su comparación, como helados. Su espíritu todo quedó hartó con la posesión pacífica del bien infinito, engolfándose en el mar de los gozos del Señor, y bebiendo del río de sus deleites con tal abundancia, que los ángeles todos, en su comparación, están como sedientos. Finalmente: allí el Señor le premió la leche que le había dado, las lágrimas que le había enjugado, el cáliz amargo que había bebido, dejándola tan satisfecha y bien pagada, que nada le pareció todo cuanto había hecho y padecido al ver el premio que recibía. ¡Oh Virgen gloriosísima! Gózome de vuestra gloria, y del gozo y hartura que tenéis en esa mesa del cielo, donde estáis sentada con vuestro Hijo, comiendo y bebiendo lo mismo que Él come y bebe: mejor merecéis ese asiento que los Apóstoles, pues permanecisteis con Él en sus tentaciones más fielmente que todos ellos. ¡Oh alma devota! Contempla la gloria de María, y acuérdate que á los grandes premios sólo se puede llegar por grandes trabajos. ¿Cómo piensas acerca de estos?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué momento tan feliz para el alma de María sería aquel en que, separada ya de su cuerpo, se encontró en los brazos de su amado Hijo! ¡Qué saluciones tan tiernas y cariñosas mutuamente se darían! ¡Cuán regocijados estarían los ángeles todos, viendo revestida de gloria y hermosura á su amadísima y soberana Reina! Pero, preciso es ir á tomar posesión de su glorioso reino. Organízase brillante procesión; abren la marcha los escuadrones celestiales, y al fin de ella viene María, cuya alma es llevada, no por ángeles, como la

<sup>1</sup> Luc., vi, 38.—Matth., vii, 2.



de Lázaro, sino por el mismo Señor de todos ellos. Himnos armoniosos resuenan por los aires; los espíritus celestiales, asombrados, se preguntan unos á otros quién es aquella Señora á quien tales distinciones hace su Rey. Y entretanto María es presentada delante del trono de la beatísima Trinidad, que recibe á aquella Hija predilecta, Madre tierna y Esposa cariñosa con especiales muestras de amor, y le da aquella medida sin medida de gloria que había merecido con sus obras y trabajos; alumbrada su entendimiento con un océano de luz divina; llena su voluntad del amor del sumo Bien, y sumerge su espíritu en un abismo de felicidad. ¡Oh María! Gozad en hora buena de tanta dicha, y no os olvidéis de nosotros, miserables desterrados. ¿Qué sentimos al ver la felicidad de nuestra Madre? ¿No se despierta en nosotros un deseo grande de acompañarla en ella? ¿Son nuestras obras tales, que nos hagan merecedores de su gloria? Si llegase ahora el momento de presentarnos á Dios, ¿qué suerte nos tocaría? Meditémoslo con cuidado, porque nos importa en gran manera; tratemos seriamente de hacernos dignos de la celestial recompensa, haciendo á este fin eficaces propósitos, vivas y confiadas súplicas, sin olvidarnos de las necesidades que se nos han encomendado.

#### 34.—CORONACIÓN DEL ALMA DE MARÍA.

- PRELUDIO 1.º María fué coronada con brillantísimas coronas por la Santísima Trinidad.  
 PRELUDIO 2.º Representate á María en el acto de ser coronada.  
 PRELUDIO 3.º Píde la gracia de conocer la gloria de María y de practicar las virtudes que la hicieron de ella merecedora.

**Punto 1.º** *María fué coronada como Reina del universo.*  
 —Considera aquí la coronación de la Virgen por Reina universal de todo lo criado. Porque, luego de entrar en la corte celestial, fué levantada sobre los nueve coros de los ángeles á gloria incomparablemente mayor que la de todos ellos. Su Hijo santísimo la sentó á su mano derecha en un trono de grande majestad, con mayores muestras de amor que Salomón sentó en otro trono á su madre Betsabé<sup>1</sup>. Allí se cumplió lo que está escrito<sup>2</sup>: «Asistió la Reina á tu mano derecha, vestida con ropaje de oro, y adornada con variedad»; porque así como de Cristo nuestro Señor se dice estar á la diestra del Padre, en cuanto goza los mejores bienes de gracia y gloria que hay en el cielo; así la Virgen está á la diestra de su Hijo, porque después de Él tiene el más alto grado de gloria sobre todos los coros de los ángeles y de los demás espíritus bienaventurados: porque cuanto es más

<sup>1</sup> III Reg, II, 19. — <sup>2</sup> Psalm. XLIV, 10.

glorioso el nombre de madre que el nombre de criado, tanto es más alto el trono de la Virgen que el de los demás. Pues, si el primer ángel, que después se perdió por su soberbia, estaba en el paraíso adornado con nueve géneros de piedras preciosas<sup>3</sup>, esto es, con las perfecciones de los nueve coros angélicos, ¿cuánto más adornada estará la Virgen con todas las perfecciones de las piedras vivas y preciosas de la celestial Jerusalén? Levántate en el espíritu, y mira con los ojos de la fe á esta Madre del verdadero rey Salomón, con la corona de gloria con que la coronó su Hijo en el día de su entrada en el cielo, y en el día de la alegría de su corazón. Escucha cómo renueva gozosa su antiguo cántico<sup>4</sup>: «Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su sierva; desde hoy más me llamarán bienaventurada todas las generaciones». ¡Oh Virgen gloriosísima! Ya pueden todas las generaciones del cielo y de la tierra llamaros á boca llena bienaventurada, pues tenéis en posesión lo que hasta aquí teníais en esperanza. Gózome de la alteza de vuestro trono; sea para bien ese asiento á la diestra de vuestro Hijo; muy bien os está esa vestidura de oro de caridad bordada con tanta variedad de virtudes. ¡Oh alma mía! Da gracias al Señor por la gloria que ha concedido á María, é imita las virtudes de esta Señora para ser merecedor de ella. ¿Cómo lo verificas?

**Punto 2.º** *María fué coronada por la Santísima Trinidad con corona de poder, sabiduría y amor.*—Considera cómo María fué coronada por la Santísima Trinidad con tres coronas preciosísimas. El Padre Eterno la coronó con corona de potestad, concediéndola, después de Cristo, poderío sobre todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno, cumpliéndose también en Ella aquello del Salmo<sup>4</sup>: «Coronástela de honra y gloria, y constituístela sobre las obras de tus manos». El Hijo de Dios coronó con la corona de sabiduría, dándola conocimiento claro, no solamente de la divina Escritura y de todos los misterios que en ella están encerrados, sino de todas las cosas criadas y de todas las que pertenecen á su estado de Madre y Abogada nuestra. El Espíritu Santo la coronó con corona de caridad, infundiéndola, no solamente el amor de Dios, sino el amor encendidísimo de los prójimos, con un celo ardentísimo de su bien y salvación. ¡Oh qué admiración y pasmo tuvieron las tres jerarquías angélicas cuando vieron á la Virgen con tales coronas! Los serafines se admiraban del ardor de su caridad; los querubines, de la plenitud de su ciencia; los tronos, de la abundancia de su paz; las dominaciones, de la grandeza de su potestad; las virtudes, de la excelencia de sus dones, y los demás ángeles, de la soberanía de su perfección y santidad. Pondera con admira-

<sup>1</sup> Hebr., I, 4.—<sup>2</sup> Ezech., XXVIII, 13.—<sup>3</sup> Luc., I, 46.—<sup>4</sup> Psalm. VIII, 6.



ción esta triple corona de la Virgen tu Madre, alegrándote grandemente que tenga tanta potestad y grandeza, que pueda con su intercesión remediar tus miserias; tanta sabiduría, que sabe muy bien todas tus necesidades y entiende tus deseos y oraciones, y tanta caridad y celo, que desea más que tú el cumplimiento de ellas. ¡Oh Madre dulcísima, coronada por vuestro Hijo con misericordia y abundancia de misericordias! Suplicadle que me corone con ellas en esta vida, para que alcance la corona de la otra. ¡Oh cristiano! Mira las coronas que la Trinidad beatísima ha concedido á tu Madre. ¿Desconfiarás de su patrocinio?

**Punto 3.º** *María fué coronada con las tres aureolas y con corona de doce estrellas.*—Considera cómo, además de las coronas dichas, la Santísima Trinidad concedió á la Virgen María las tres coronas de gloria accidental que los teólogos llaman laureolas ó coronas de laurel, que nunca pierde su verdor; conviene á saber: laureola de virginidad, de martirio y magisterio, porque esta Señora fué Virgen de las vírgenes; fué mártir en la Pasión de su Hijo, padeciéndolo en su espíritu lo que Él padecía en el cuerpo; y fué maestra de nuestra religión, enseñando los misterios de la fe á los mismos maestros de ella. Pondera cómo María fué también coronada con la corona de doce estrellas, de que se hace mención en el Apocalipsis <sup>2</sup>, porque como concurren en Ella las grandezas y virtudes de todos los órdenes de santos que hay en el cielo, así fué coronada con los premios de todos ellos, figurados por las doce estrellas. Resplandeció en Ella sumamente y con grandes ventajas la fe y esperanza de los patriarcas; la luz y la contemplación de los profetas; la caridad y celo de los Apóstoles; la fortaleza y magnanimidad de los mártires; la paciencia y penitencia de los confesores; la sabiduría y discreción de los doctores; la santidad y pureza de los sacerdotes; la soledad y oración de los ermitaños; la pobreza y obediencia de los monjes; la castidad y limpieza de las vírgenes; la humildad y sufrimiento de las viudas, con la fidelidad y concordia de los santos casados; y, por consiguiente, recibió los premios y coronas de todos con exceso incomparable, porque á Ella cuadra con gran propiedad lo que dice el Sabio <sup>3</sup>: «Muchas hijas allegaron para sí riquezas, pero tú las has superado á todas». ¡Oh Reina soberana! Muy merecidas tenéis tan gloriosas coronas en el cielo, por los copiosos frutos que llevasteis en la tierra. Coronada estáis de estrellas, porque los santos que os siguieron son gloria y corona vuestra, y por vuestra intercesión y ayuda alcanzaron sus victorias. Y así, con mucha humildad arrojan sus coronas á vuestros pies <sup>4</sup>, reconociendo que por vuestro medio las ganaron. Y tú, alma fiel, al

<sup>1</sup> Psalm. cii, 4. — <sup>2</sup> Apoc., xii, 1. — <sup>3</sup> Prov., xxxi, 29. — <sup>4</sup> Apoc., iv, 10.

contemplar la gloria de la Virgen, ¿cómo no te mueves á serle muy devoto? ¿Á confiar en su protección? ¿Y á venerar sus grandezas?

**Epílogo y coloquios.** ¿Quién podrá comprender ni imaginar siquiera la fiesta brillantísima que se celebraría en el cielo el día en que el alma de María fué gloriosamente coronada? Sólo los ángeles y santos que la presenciaron podrían darnos una idea de ella. El amable Salomón divino designó por sí mismo el trono en que había de sentarse su Madre, y lo colocó sobre los ángeles y arcángeles y sobre todas las jerarquías celestes, y á su misma diestra, cumpliéndose al pie de la letra lo que había dicho David: «Sentóse la Reina á su diestra, vestida con ropaje de oro, recamado con variedad de colores». ¡Cuán grande sería la admiración de los celestes espíritus al contemplar á María! La Santísima Trinidad pone en sus sienes preciosísimas coronas; el Padre le da corona de potestad; el Hijo de sabiduría; y el Espíritu Santo de amor, haciéndola Reina potentísima que todo lo puede, Reina sapientísima, á la cual nada se oculta, y Reina amantísima, que á todos abraza con ternura. Y porque Ella ha sido Virgen purísima, adórnala la aureola de virginidad, más pura y blanca que la nieve; y porque ha sido mártir fortísima, posee la aureola de mártir, y la de doctora por el magisterio que ha ejercido. ¿Quién podrá calcular el brillo de las doce estrellas que como corona la circundan? ¿Quién el gozo con que todos los santos figurados por ellas están alrededor de su trono alabándola, engrandeciéndola y arrojando á sus pies las coronas que poseen, reconociendo que á Ella se las deben? ¿Qué sientes tú al contemplar tales grandezas? ¿No honrarás á una Reina tan gloriosa? ¿No te esforzarás en tenerla más devoción? ¿Qué debes hacer para mostrársela? ¿Cómo te atreves á llamarte hijo de María siendo tan tibio en servirla? Suple siquiera con confusión la falta que tienes de amor, y para remediarla de algún modo, forma eficaces y firmes propósitos, bajando muy al particular; suplica á la misma Virgen que te ayude, y ruégala por todas las necesidades y fines acostumbrados.

### 35.—ASUNCIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA, CUANTO AL CUERPO.

PRELUDIO 1.º María resucitó al tercer día de muerta, y fué subida en cuerpo y alma al cielo en brazos de ángeles.

PRELUDIO 2.º Representate á María subiendo majestuosamente al cielo.

PRELUDIO 3.º Pide á la Virgen su auxilio para imitarla, de tal modo, que algún día puedas resucitar glorioso como Ella y subir á la gloria.

**Punto 1.º** *Incorrupción del cuerpo de la Virgen.*—Considera primeramente la incorrupción del cuerpo de la Virgen los tres días que estuvo en el sepulcro, conservándole Dios con la